

Juan Camilo Castañeda Arboleda

Nuestro otro infierno

Violencia y guerra en Manrique

Juan Camilo Castañeda Arboleda

Nuestro otro infierno

Violencia y guerra en Manrique

C O L E C C I Ó N
becas a la creación

* PERIODISMO NARRATIVO *



Nuestro otro infierno
Violencia y guerra en Manrique
Primera edición: septiembre - 2016

© Juan Camilo Castañeda Arboleda
© Alcaldía de Medellín – Secretaría de Cultura Ciudadana
© Fondo Editorial Universidad EAFIT
Carrera 49 No. 7 sur - 50 tel. 261 95 23, Medellín
<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>
correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co
ISBN 978-958-720-352-3

Castañeda Arboleda, Juan Camilo

Nuestro otro infierno: violencia y guerra en Manrique / Juan Camilo Castañeda Arboleda. -- Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT; Alcaldía de Medellín. Secretaría de Cultura Ciudadana, 2016.

148 p.; 21 cm. -- (Ediciones Universidad EAFIT)

ISBN 978-958-720-352-3

1. Violencia – Manrique (Medellín, Colombia) – 2. Periodismo - Colombia. I.Tít. II. Serie

070.44 cd 21 ed.

C346

Universidad EAFIT- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Coordinación: Claudia Ivonne Giraldo

Corrección: Marcel René Gutiérrez

Imagen de carátula: a partir de una ilustración de Catalina Vásquez

*El presente libro se publica gracias al apoyo
de la Secretaría de Cultura Ciudadana
de la Alcaldía de Medellín*

Editado en Medellín, Colombia, Suramérica

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio
o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Agradecimientos

Este libro está entre sus manos porque Gloria y Jairo, mis padres, me inculcaron un profundo respeto por el estudio. Gracias a ellos por sus esfuerzos e incalculable apoyo. A mis abuelos, Gilberto y Miryam, quienes con tantas historias que me contaron, me ayudaron a comprender que mi vocación era escuchar relatos de la vida de otros. A Tatiana, mi hermana, por ser cómplice cotidiana y a Saray, mi sobrina.

A las personas que me abrieron las puertas de su intimidad y compartieron sus historias con el único interés de aportar a la memoria de Medellín. Al Grupo de Investigación Estudios de Periodismo y al Semillero de Investigación de Seguridad Humana de la Universidad de Antioquia porque con las discusiones, debates y comentarios me permitieron tener una lectura más clara de las conflictividades de la ciudad.

A la profesora Patricia Nieto que me acompañó en la investigación y escritura. A Nélfér Velilla que con su crítica vehemente me ayudó a mejorar este libro. Al periódico *Q' Hubo* que me permitió consultar sus páginas para conocer las noticias que escribieron sobre Santa Inés.

A Elizabeth, Raúl, Esteban, Natalia, Tavera, León, Talero, Domínguez, Herrera, Daniela, Camila, Palacio, Leo, Danilo, Estiven, mis amigos. A Saraih y a todos aquellos que me animaron a realizar este trabajo.

Contenido

Presentación	
<i>Ricardo Aricapa</i>	11
Introducción	17
Del viejo Santa Inés solo queda la penumbra	21
La vida de un malandrín	41
Un barrio de la otra Medellín.....	63
Condenado a toda una vida en el infierno.....	97
Bibliografía	145

Presentación

El acuerdo firmado entre el gobierno colombiano y la guerrilla más vieja y grande del país, ha abierto la posibilidad —o al menos la esperanza— de desatar por fin los nudos de una guerra que ya dura más de cincuenta años, y avanzar por un camino distinto; un camino en el que palabras tan huidizas como paz, reparación, verdad, reconciliación, se carguen de sentido y pasen del papel a la práctica en la vida diaria de los colombianos.

Solo que para que eso suceda se necesitará algo más que los artículos e incisos acordados en La Habana. Exigirá mirarnos de frente para tratar de entender lo que nos pasó, por qué nos pasó, e intentar llegar a algún punto de reconciliación para evitar que nos vuelva a pasar. Exigirá, entre otras tareas, un ejercicio de memoria, exigirá relatos.

Dentro del múltiple juego de relatos que surgen de toda guerra —necesariamente distintos según sea quien los cuente y el lado desde el cual los cuente—, la crónica periodística tiene, sin duda, un lugar preponderante. Por los recursos estilísticos que maneja, por su condición testimonial y su libertad para hurgar en las costuras sociales y la condición humana, la crónica da luces ciertas para esclarecer la verdad de lo que nos pasó. O por lo menos intenta darlas.

Ese es justamente el valor de libros como este: *Nuestro otro infierno, violencia y guerra en Manrique*, de Juan Camilo Castañeda Arboleda, ganador de la beca del Municipio de Medellín a la creación en el área de periodismo narrativo en 2015. Un libro que recoge cuatro crónicas que pintan una parte del rostro de la guerra que en esta ciudad libraron —y siguen librando— las organizaciones armadas heredadas del poder del narcotráfico y del paramilitarismo.

Pintan concretamente la guerra que entre los años 2009 y 2011 tuvo lugar en Manrique Santa Inés, un pequeño barrio ubicado en la parte más

alta de la comuna nororiental de Medellín. Protagonizada por bandas de muchachos nacidos y criados en el mismo barrio y en el vecindario, quienes en ese momento actuaban al servicio de los dos poderosos bandos que se disputaban el control territorial y la renta de los negocios ilícitos en el Valle de Aburrá: las organizaciones comandadas por alias *Valenciano* y alias *Sebastián*.

Este libro es pues un acercamiento al fenómeno de la violencia y la guerra en Medellín, una ciudad que, como la que más, ha padecido este fenómeno en las últimas décadas. Y lo primero que hay que decir es que este libro se ubica en la línea del buen periodismo narrativo, ese que está respaldado por un minucioso y ordenado trabajo de campo y reconstrucción de los hechos, y por una escritura sobria y precisa, que es lo mínimo que se le debe pedir a la buena prosa periodística.

Recoge cuatro miradas de los hechos de violencia ocurridos en el período señalado, pero también escarba hacia atrás, hacia los años del nacimiento del barrio Santa Inés y sus vecinos, todos surgidos de procesos de invasión y construcción pirata, esto con el fin de mostrarnos que en ellos —como en todos los barrios nacidos de idéntica manera en la periferia de Medellín— la violencia parece ser congénita. En todo caso siempre ha estado allí, reciclándose y cambiando de piel cada cierto tiempo. De hecho, ya antes el barrio Santa Inés había sido escenario de dos guerras similares entre bandas, solo que la última, la que trata este libro, ya no fue con changones ni armas ligeras, fue con fusiles y munición pesada.

Desde la cotidianidad del barrio y a través de la voz de los protagonistas de las crónicas, el autor explora los contextos y motivaciones de la guerra, las lógicas e imaginarios que la nutrieron y exacerbaron. Muestra por qué para muchos jóvenes resulta casi inevitable caer en el campo gravitatorio de los combos armados; en un vecindario en el que el orden que representa el Estado ha estado siempre en entredicho, donde las personas no tienen acceso a educación, recreación y empleo, y además viven acorraladas en sus reductos de fronteras invisibles con la muerte respirándoles en la nuca.

Nuestro otro infierno

Como también es visible en este libro el afán deliberado del autor por establecer el contraste entre lo que ocurre en Santa Inés y demás barrios que conforman esa franja que podríamos llamar “invisible”, con lo que ocurre en la otra ciudad, la “visible”, la de mostrar. Ciudad dual, la llama el autor, una ciudad que tiene el “diablo” metido en el corazón, en la que los pibes juegan en el balcón pero también yacen en un cajón, parodiando una canción de Fito Páez que le gustaba escuchar al protagonista de una de las crónicas.

Ricardo Aricapa

Nuestro otro infierno

Violencia y guerra en Manrique

Introducción

Walter Benjamin, filósofo y escritor alemán, en un texto titulado *El narrador*, habla acerca de la existencia de dos tipos de autores a los que denominó el *marino mercante* y el *campesino sedentario*. El del primer tipo es aquel contador de historias que encuentra inspiración en sus viajes. El segundo cuenta las historias de su terruño. Ambos tienen algo en común: la experiencia que se transmite de boca en boca es la fuente de su escritura.

Si tuviesen que ser encasillados, los relatos que contiene este libro, aunque se trate de ciudadanos, podrían ubicarse dentro del grupo del *campesino sedentario*. Encontré en las experiencias de mis vecinos de Manrique Santa Inés, barrio del nororiente de Medellín, historias que debían ser contadas, relatos orales sobre momentos de intensa violencia en el barrio, que suelen perderse en el olvido, y describen la fuerte confrontación entre grupos armados ocurrida entre febrero de 2009 y abril de 2011.

La historia de Santa Inés, como constante escenario de acciones violentas, empezó hace 30 años. Desde entonces, tres oleadas de este tipo han perturbado la vida de los habitantes en el barrio. La primera ocurrió en los últimos años de la década del ochenta y los primeros del noventa. La segunda sucedió a finales del noventa. Y la última y de mayor intensidad es el tema de los relatos de este libro.

El lector encontrará aquí cuatro crónicas que hacen un paneo por los diferentes actores de la guerra en Santa Inés: las víctimas, los victimarios y algunas personas de la comunidad que, aunque afectados por las acciones de los bandos enfrentados, no se consideran víctimas. Cada una de esas narraciones establecen hipótesis relacionadas con las causas de la guerra, la participación de los jóvenes en los combos y bandas, el papel del Estado en la confrontación y el funcionamiento de un orden social paralelo al del Estado e ilegal.

Pedro y Mercedes, pareja de esposos casados hace cuarenta años, son los personajes centrales del primer capítulo. En parte, porque vivieron en Santa Inés casi desde su fundación, sirven de excusa para contar la historia del barrio, tan ligada a sus vidas. Ellos presenciaron las transformaciones de un sector que en sus inicios fue considerado ilegal, situación que generó distanciamientos con el Estado, pues solo gracias a las acciones populares se logró dotar el territorio con el equipamiento básico. Su historia permite una mirada a los conflictos generados por la urbanización no planificada en Medellín durante la década del sesenta, cuando el desplazamiento del campo a la ciudad hizo evidente lo que los investigadores sociales han llamado *conflicto urbano*.

En la segunda crónica, el lector podrá conocer a Jhonny, joven de 16 años integrante del combo El Desierto. Describe las condiciones sociales y económicas, además de las carencias de su grupo poblacional en múltiples aspectos, como por ejemplo, la educación y la recreación, que inciden en la decisión que toma un muchacho de barrio popular de ingresar a un grupo armado.

Jaime Arboleda es el personaje central de la tercera narración. En julio de 2010, él y otras siete personas fueron atacadas en una tienda de Santa Inés por integrantes de uno de los combos del sector. El hecho coincidió con el III Congreso Iberoamericano de Cultura, uno de los grandes eventos en los que suele ser anfitriona la ciudad de Medellín. El relato ofrece un contraste entre la realidad que vivían los habitantes de Santa Inés, con la otra cara de la ciudad, en donde se promulgaba la superación de la violencia vivida durante las décadas del ochenta y del noventa, como consecuencia del narcotráfico.

En el último capítulo aparecen Jhonatan y Estiven, dos jóvenes vecinos del sector, que de diferentes maneras fueron afectados por la guerra que vivió Santa Inés. En esta crónica es posible advertir cómo la violencia empieza a ser *normal*, es decir, a ser parte de la cotidianidad de los habitantes. También es evidente el papel que ejerce el Estado con el uso de su fuerza pública y su aparato penal y judicial.

Los habitantes del sector suelen referirse a esos momentos turbulentos como guerras. No tienen otra palabra para nombrar esas confrontaciones hostiles y desbordadas que han vivido.

En el año 2009 la sensación de guerra empezó a ser clara para los habitantes de Santa Inés debido a la confrontación de los grupos armados que parecía no tener fin; a ver reducida su movilidad por barrios vecinos por el temor a ser asesinados; a escuchar los enfrentamientos con armas de largo y corto alcance durante las noches; a constatar que los jóvenes del sector engrosaban las filas de los distintos combos.

Este libro no solo busca dar a conocer las situaciones violentas que ocurren en un barrio de Medellín y pueden ser consideradas bélicas, sino también relacionar los hechos de Santa Inés con la coyuntura social de la ciudad. El poder del crimen organizado se lo disputaban dos hombres: Maximiliano Orozco, conocido en el mundo criminal como *Valenciano*, y Erick Vargas Cárdenas, alias *Sebastián*, miembros ambos de La Oficina de Envigado. Ellos se disputaban los grupos armados de los barrios para dominar el territorio y controlar las rentas ilegales. En ese sentido, gran parte de la urbe estaba involucrada en el conflicto. Santa Inés era solo uno de los escenarios; situaciones similares se vivían en barrios de las comunas 1, 2, 5, 6, 7, 8, 13 y 16.

¿Por qué ocurre esto en los barrios Medellín? La respuesta a esa pregunta no se resuelve satisfactoriamente con una explicación coyuntural; de nada vale realizar un trabajo en el que solo se describa el detonante generador de violencia. Estos relatos, por lo tanto, también tienen el interés de mostrar las condiciones sociales, económicas e históricas que hacen de Santa Inés un espacio en donde la violencia se reproduce de forma cíclica en los seres humanos que lo habitan. De esta manera, se puede dar a conocer, desde la cotidianidad, un territorio en donde se desarrolló la confrontación hostil reflejo, a su vez, de la ciudad en donde aconteció.

Del viejo Santa Inés solo queda la penumbra

*De dónde a dónde me llevarán mis pasos
En qué posada me ofrecerán abrigo
No tengo más que rumbos pa' mis zapatos
No tengo más que sueños en los bolsillos*

Omar Camino

Cuando Mercedes Rodríguez califica su matrimonio, afirma que ha sido tan bueno que ni siquiera recuerda la fecha del aniversario. Pedro, sentado al lado de ella en el comedor de su casa en el barrio Buenos Aires –ubicado en el centro-oriente de Medellín–, suelta una carcajada. Después de calcular la edad de sus hijos y comparar fechas, concluyen que ya han pasado cuatro décadas desde que el sacerdote les dio la bendición.

La historia de la pareja tiene sus raíces en el barrio Manrique Oriental, al nororiente de la capital de Antioquia. Allí, por cosas del destino, dice Mercedes, llegaron a vivir sus padres en la década del cuarenta del siglo xx, provenientes de Santa Bárbara. Su casa quedaba a escasas cuerdas de un terreno baldío en el que los habitantes del sector jugaban fútbol y desarrollaban otras actividades deportivas, donde años después se construyó el Parque Gaitán, cuyo nombre era un indicativo de la posición social y política del barrio.

Para entonces, Manrique se había consolidado como un fortín del Partido Liberal en la ciudad. El sector era reconocido por ser el hogar de los obreros; muchos de ellos llegados del campo en las migraciones que iniciaron en la segunda década del siglo xx, cuando Medellín empezó a consolidar un proceso de industrialización que atrajo a los campesinos. Seguidos por

los que, durante las décadas del cuarenta y del cincuenta, llegaron a la capital antioqueña desplazados por la violencia protagonizada por liberales y conservadores.

Mercedes nació en 1954, dos años después que Pedro. No recuerda su posición en la familia, lo único que tiene claro es que es una de las menores, pues a sus padres les alcanzó el tiempo y el ánimo para tener 17 hijos. Fue esa una de las razones por las cuales Mercedes no terminó sus estudios. En quinto grado se retiró para ayudar a su mamá en los quehaceres de la casa.

La familia de Pedro vivía al frente de la de Mercedes; este tenía seis hermanos. Nunca le gustó la escuela, por eso solo estudió hasta primero de primaria. En los barrios populares de Medellín, aún por estos días, los hombres pasan de la niñez a la adultez sin transitar por el camino de la juventud. Cuando Pedro apenas tenía 17 años, su padre le consiguió empleo en Coltejer, una de las empresas de textiles más grandes de Colombia, que funcionaba en Medellín. Empezó como todos, desde abajo. Al principio le tocaba barrer y trapear las instalaciones de la planta ubicada en el barrio La Toma, cerca de la quebrada Santa Elena.

Era costumbre, en una sociedad en la que los hombres tienen privilegios, que mientras ellos laboraban en las fábricas de la ciudad o en actividades que exigían un esfuerzo físico, las mujeres lo hicieran en el hogar. A los 18 años Mercedes empezó a trabajar planchando ropa. En ese momento Pedro empezó a cortejarla.

En las tardes, cuando Mercedes llegaba de trabajar, Pedro le gritaba desde la terraza de su casa:

—Negra, ¿está muy cansada?

La historia la relata Mercedes, pues Pedro, cuando se toca el tema de su historia de amor, se vuelve tímido.

—Y entonces me mandaba fresquito y así empezamos hasta que nos cuadramos. Ahora me dice que le aplanche todo —dice Mercedes quien,

Nuestro otro infierno

como buena paísa, es buena oradora, habla arrastrando la lengua e intenta sacarle el chiste a cualquier situación—.

El noviazgo duró un par de años. Como era tradición—influenciada, claro está, por el catolicismo—, no se podía consumar el acto amoroso antes de que el sacerdote les echara la bendición. Pero, tan pronto se casaron, Mercedes quedó embarazada de su primer hijo. La pareja de esposos alquiló una habitación en una casa del barrio La Floresta, donde vivieron los primeros meses de su matrimonio en 1973.

—Un día —relata Mercedes— llegó mi papá a la casa y nos preguntó: “¿Mija, a ustedes no les gustaría tener una casita?”. Y yo le dije: “Sí, *apá*, pero a ver la plata”. Él me dijo que en Santa Inés estaban vendiendo lotes. Fuimos a ver uno de los últimos que quedaba en la 37, lo compramos y luego un amigo de mi papá, don Alfonso Correa, que vivía al lado del lote, fue por nosotros hasta La Floresta y nos dijo que, mientras construíamos, viviéramos en su casa.

El lote de 85 metros cuadrados costó 14 mil pesos. Cuando Pedro, quien ganaba un salario mínimo, terminó de ahorrar el dinero para pagarle a su suegro, este no le recibió ni un centavo.

—“Con eso —nos dijo— construyan la casa”, —explica Pedro.

A Santa Inés llegaron en marzo de 1974. Al empezar a hablar de su vida en ese barrio, el tono de voz y la mirada de la pareja cambian. Sus ojos, al evocar recuerdos de aquella época, se quedan estáticos y se ponen acuosos, como tratando de decir: ¡Qué bueno sería retroceder en el tiempo!

Mercedes y Pedro encontraron un barrio de gente humilde, la mayoría obreros.

—Nosotros —cuenta Mercedes— no tuvimos que pagar trabajadores. Todos los vecinos nos ayudaban. Vea que hasta los vecinos de enseguida, los Correa, nos dejaron vivir un año en su casa gratis, mientras construíamos ahí.

Los fines de semana los habitantes de Santa Inés no tenían descanso. Los hombres se ponían a disposición para ayudar en la construcción de

las viviendas de los vecinos, y las mujeres se encargaban de alimentar e hidratar a los trabajadores.

Esa solidaridad vecinal, de la cual hoy quedan pocos rastros, se venía dando en Santa Inés desde su fundación en 1964 y no solo se reflejaba en la construcción de las casas. Para Pedro, las Juntas de Acción Comunal fueron muy importantes en la organización de los barrios. En su cuadra, por ejemplo, fue gracias a la Junta que pudieron organizar las aceras.

—Uno hablaba con el presidente y entonces ellos le daban. Yo me acuerdo que me dieron como 6 bultos de cemento para arreglar la acera. Las acciones comunales siempre ayudaron. Cuando eso no eran tan politiqueros. La política se mete y daña todas las cosas.

La pareja de esposos coincide en afirmar que lo único que hizo la administración municipal por Santa Inés fue la pavimentación de las calles. Lo demás lo consiguieron los mismos habitantes del barrio. Recuerdan que a su llegada ya tenían servicios públicos. Pese a ello, por la situación económica de muchos habitantes del sector, las mujeres lavaban la ropa en una quebrada que pasaba cerca porque la plata no les alcanzaba para pagar el agua.

Pedro y Mercedes construyeron amistades en Santa Inés que durarían para siempre. La familia Correa, por supuesto, y la familia Arboleda. En la casa de los últimos “me emborraché por primera vez, tomando aguardiente”, recuerda Mercedes.

En esos años, los Arboleda eran los encargados de reunir al barrio para las celebraciones, especialmente la navidad y el día de los niños.

—Una vez me mandaron a decir que Juan Guillermo, mi hijo mayor, estaba secuestrado en la casa de los Arboleda, que mandara plata. Como era tan cansón, yo dije que se quedaran con él. Pero era la forma de recoger plata para decorar la cuadra en diciembre o para comprar regalos para los niños.

La llegada de los Arboleda al barrio coincidió con la fundación. Ellos vivieron todos los procesos desde el inicio. Según cuenta Gilberto Arboleda, los

terrenos sobre los que se construyó Santa Inés hacían parte de una finca de la familia Ramírez Johns, reconocidos industriales de la ciudad. Lo mismo informa Pedro. Pero, de acuerdo con el libro *Las urbanizaciones piratas en Medellín: el caso de la familia Cock*, de la socióloga y especialista en urbanismo Françoise Coupé, la persona encargada de lotear y vender los mismos en el sector fue Julián Cock (Coupé, 1993: 195).

Luz Miryam Heredia, esposa de Gilberto, recuerda que en esos primeros años tenían ocasionalmente un enfrentamiento con la policía. Al no contar con servicio de electricidad, los vecinos de Santa Inés decidieron robar la luz de un barrio vecino.

—Pegábamos los alambres en los que secábamos la ropa de una fuente eléctrica. Cuando llegaban los policías y nos cortaban los alambritos. Ellos halaban allá y nosotros halábamos acá. Nosotros alcanzábamos a recuperar el alambre y cuando se iban, buscábamos más para volvernos a pegar.

El Estado también hacía presencia en Santa Inés cuando se acercaban elecciones. Luz Miryam recuerda que, en los días de campañas electorales, aparecían políticos de los dos partidos tradicionales del país.

—Sus promesas —asegura— llegaban hasta el día en que uno iba a votar.

Prometían mejorar las condiciones de vida con la misma demagogia que todavía caracteriza a una gran parte de la clase política del país. Los días de los comicios llegaban buses hasta Santa Inés para llevar a sus habitantes hasta el punto de votación. Cada bus llevaba a sus partidarios; los liberales viajaban con los suyos y los conservadores también. Miryam, perteneciente a una familia de tradición liberal, recuerda que ella y su esposo nunca viajaron en el mismo transporte, pero siempre han estado juntos en el momento de criticar al presidente de turno, sin importar si es rojo o azul.

Santa Inés, como la mayoría de barrios que aparecieron en Medellín en la década del sesenta, fue considerado por la administración municipal como pirata. La legislación que regía para entonces al país, la ley 66 de 1968,